

DOLARES IMPERIALES

Desde el lunes de la semana pasada, desde el 18 de marzo, todas las monedas valen un poco menos para que el dólar pueda seguir valiendo lo mismo. Todas las monedas contribuyen a sostener el déficit de la balanza de pagos de los Estados Unidos; esto es, a sus enormes gastos en el extranjero; esto es, en fin, a la guerra del Vietnam. Es una consecuencia invisible de la decisión adoptada por la urgente conferencia de Washington de los gobernadores de los bancos centrales de Bélgica, Alemania Federal, Italia, Holanda, Suiza, Gran Bretaña y Estados Unidos, bajo la presidencia —y bajo la presión— del presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos. La decisión tomada es la de establecer dos mercados del oro: uno oficial, otro libre. El mercado oficial es un circuito cerrado: con el precio fijo de 35 dólares la onza de oro, servirá para las transacciones internacionales, para el uso entre ellas de las autoridades monetarias. En el mercado libre, el oro se cotizará según las variaciones de circunstancia de la economía de los Estados Unidos. En estos momentos en que los grandes movimientos de especulación no han terminado todavía, el oro se compra y se vende entre 40 y 45 dólares la onza. Por término medio, y hasta nueva orden, puede decirse que el oro vale, aproximadamente, un 20 por ciento más en el mercado libre que en el oficial; inversamente, se puede establecer que el dólar oficial vale el 20 por ciento menos que el dólar libre. Las autoridades monetarias podrían tener la tentación de vender su oro o comprar con él sus dólares en el mercado libre, sobre todo en momentos de crisis económicas nacionales; esto es, de romper el circuito cerrado establecido en la conferencia de Washington. Otra decisión de la misma conferencia se lo prohíbe: si se encuentra que han hecho estas operaciones, se les privará del derecho a adquirir oro oficial. Ello entraña una medida de control oficial americano sobre las compras y ventas de oro, sobre los movimientos financieros de cada país. Es el segundo éxito de los Estados Unidos en la conferencia de Washington. El primero, que los países con reservas fuertes de oro consientan en este sacrificio para mantener el dólar; el segundo, que acepten el control de la Tesorería americana. Son medidas imperiales. El dólar se afirma como moneda imperial. Es decir, como moneda sostenida por una fuerza, por un dominio, por una imposición, más que por una correspondencia real con un sistema de medidas económicas reales.

Pero el oro no ha salido indemne de la aventura. Está herido, y muy gravemente herido. Cuando, a fines de la semana anterior, los viajeros americanos por el mundo se encontraron con que sus dólares no se cotizaban, que se les limitaba la cantidad a cambiar, que estaban forzados a aceptar cambios arbitrarios de mercado negro para poder salir de sus apuros —pagar un hotel, tomar un avión, comer—, experimentaban una sensación desagradable que muchas veces ha sucedido a los portadores de otras monedas, pero que por primera vez desde hace muchos años —desde la gran depresión del principio de los años treinta— les sucedía a los portadores de dólares. Hasta ahora el dólar era una especie de idólo mundial, un nuevo becerro de papel al que adorar como se podía adorar al becerro de oro. Ha dejado de serlo, y esto es importante y grave. El dólar valía un treintaicincoavo de onza desde 1934, después de un largo período de embargo. Ese nuevo precio suponía una devaluación, puesto que antes de la depresión el precio de la onza de oro estaba fijado a 20,65 dólares.

En ese momento, el sistema monetario internacional estaba fijado por el «Gold Exchange Standard», determinado en la conferencia de Ginebra de 1922. Hasta la guerra de 1914-1918, reinaba el patrón-oro. Es decir, un país compraba y vendía en los mercados mundiales haciendo uso de sus reservas de oro. Simplificando, puede decirse que cuando gastaba más de lo que cobraba o de lo que tenía, debía realizar un enorme esfuerzo interior, debía enfrentarse con una crisis económica —con su

cortejo de paro forzoso, fábricas cerradas, inflación, salarios bajos, precios altos— para remontar la situación. Pero un país podía ser deudor y acreedor con respecto a otros. Su moneda representaba entonces un valor complejo de los saldos deudores y acreedores, de las reservas-oro, de su economía en expansión o en regresión... Es decir, que el patrón-oro comenzaba a ser una referencia más que una realidad absoluta. La gran revolución que supuso la primera guerra mundial obligó a regular todas estas circunstancias en la conferencia de Ginebra, y se creó el «Gold Exchange Standard», el patrón cambio-oro. Hubo entonces dos monedas imperiales: el dólar y la libra esterlina. Es decir, dos países, Gran Bretaña y Estados Unidos, cuyos bancos centrales respaldaban con su papel moneda el precio fijo del oro. Ello no evitó la depresión de 1929, de la que salieron los Estados Unidos gracias a Roosevelt y su «New Deal». Fue a partir de entonces cuando el dólar se fijó en su precio actual, como queda dicho. La segunda guerra mundial trajo una nueva revolución y la conferencia de Bretton Woods (julio de 1944), y en ella quedó el dólar como única moneda de reserva. Se había propuesto —por el economista británico lord Keynes, probablemente la figura más importante de la economía mundial de tipo liberal— una reforma monetaria que supusiera tener en cuenta el valor de las mercancías, de los bienes producidos por los países, disminuyendo la importancia del oro, que quedaría como moneda de referencia. Este sistema hubiese mejorado muy notablemente la suerte de los países que hoy llamamos subdesarrollados, productores de materias primas, y hubiera dado una configuración muy distinta al mundo, que sería un poco más justo de como lo conocemos hoy. Pero el «Bancor» propuesto por Keynes no fue aceptado, y por una razón: los Estados Unidos habían atesorado en esos momentos, en sus arcas fabulosas de Fort Knox —que se han visto revestidas de toda su importancia mítica en la película «Goldfinger»—, nada menos que el 70 por ciento de las reservas mundiales de oro. No les interesaba, por consiguiente, que el oro perdiese su importancia.

El dólar quedó convertido en ese momento en un patrón mundial; los Estados Unidos se comprometían a respaldar con él su moneda, y a comprar con oro los dólares en circulación por el mundo. Una serie de países constituyeron sus reservas, o parte de ellas, en dólares. Pero el dólar no ha hecho frente a sus obligaciones. En primer lugar, una redistribución del oro ha disminuido la importancia de las reservas de Fort Knox, en comparación con las de otros países. En segundo lugar, la balanza de pagos de los Estados Unidos es deficitaria desde hace muchos años; ha llegado ahora a cifras record con la guerra del Vietnam. En tercer lugar, la tendencia independentista ha producido una guerra contra el dólar a base de lanzar oro al mercado, todo ello con base en la injusticia que supone que el conjunto del mundo occidental tenga que soportar el enorme peso de la economía americana.

Las medidas adoptadas en Washington no sólo no son justas; es que no son eficaces. Las medidas justas supondrían una reforma completa del sistema monetario internacional, de forma que los Estados Unidos tuvieran que soportar por sí solos —con sus propias crisis internas, con su paro y con sus agitaciones sociales— su política de gastos; y que los Estados Unidos redujeran sus gastos de Estado y su derroche en el exterior. Este derroche en el exterior no se puede cortar suprimiendo el turismo o las invasiones en el extranjero, sino suprimiendo los gastos de guerra, que se llevan la mitad del presupuesto nacional. Concretamente, terminando la guerra del Vietnam. Esto supondría una renuncia a la vocación imperial. Se ha elegido otro camino: el de aumentar la presión imperial.

En un plazo más o menos largo, los Estados Unidos tendrán que abordar su crisis económica de cara, con medidas impopulares y duras, o verán su economía precipitarse en una auténtica catástrofe, a la que pueden arrastrar a quienes hoy les sostienen. Será su forma de perder la guerra.